

## El hombre total como motivo de la psicología contemporánea

*Plácido Alberto Horas*

[p. 245] La psicología es una disciplina que está de moda. Su difusión en los ambientes cultos y populares, si expresa en el individuo un afán de conocimiento de sus semejantes, arrastra también el riesgo de desfigurarse como en todo proceso de vulgarización científica. Algunas escuelas hasta han ido a buscar en el *hombre de la calle* muchos de sus pensamientos, reconquistando el aprecio perdido por el sentido común y, reconociendo el valor de afirmaciones desechadas por ingenuas en los círculos académicos. Claro está, que lo que trasciende al rumor público es una parte de ese saber, admitido sin reservas con la confianza infantil del ignaro, servido por los recursos simplificadores de los periódicos; las secciones dedicadas a psicodiagnósticos en las revistas, paralelas a columnas de astrología y, el adobado freudismo cinematográfico respetuoso de las oficinas de censura y del interés de los espectadores. Para este vasto mundo, la psicología es una ciencia acabada y completa, sin noción del misterio o por lo menos dispuesta -con la ayuda del tiempo- a revelarlo completamente.

Esta seguridad acrítica no es compartida por los medios investigadores. En ellos - cuando la reflexión exige un alto en la labor- se afirma una actitud de reserva. Nadie duda del impulso y la expansión alcanzadas, de los nuevos campos abarcados, de las conquistas cumplidas, de las doctrinas consolidadas, de los temas parciales iluminados, de las hipótesis fecundas y, de las aplicaciones eficaces en numerosos terrenos. Sin embargo, un clima de escepticismo se ausculta en el ámbito académico cada vez que la atención se dirige al examen de los fundamentos de la psicología. Y la calificación de *crisis* se diagnostica severamente.

Sendos volúmenes se han redactado sobre este problema, con diversos puntos de vista. Desde la segunda década del siglo pueden evocarse nombres inipares en la materia, que la han enjuiciado. Bühler y Kostyleff trazaron páginas aún actuales. Driesch (1925) la califica como ciencia problemática. Burloud (1935) subraya que la psicología no tiene acuerdos sobre sus métodos y objetos. Repitiendo a Scheler cuando castiga a la anarquía de opiniones reinantes [p. 246] en la antropología, Griffith (1943) habla de la proliferación de direcciones que nos dibujan un panorama donde pugnan contradictorias *psicologías* y se esfuma la *psicología*. Por un lado, se oyen sarcasmos contra toda actitud introspectiva despreciándola como *psicología de oficina o de sofá*; por otro, quedamos abrumados por una vasta recopilación de índole naturalista en que el aparato estadístico perfila un hombre de laboratorio, interpretado mecanicísticamente.

Cumplida la crítica de la psicología especulativa en el XIX y levantados los laboratorios desde 1870 bajo el impulso positivista franco o disfrazado, el siglo XX expone la crisis de la psicología científica. Inicialmente se hace cuestión del nombre mismo: el término *psicología* se reputa ambiguo, porque ampara una actitud filosófica y otra experimental que se conciben contradictorias, por el uso de idéntico vocablo para dos objetos distintos. Se dijo también, que no podía mantenerse la *conciencia* si se había rechazado la filosofía. Se opinó

que era erróneo estudiar la subjetividad cuando el hombre era un *proclucto social con determinaciones físicas y biológicas*. Politzer, negando el objetivismo absoluto y el subjetivismo con su aceptación del inconsciente, concluye por superar la crisis absorbiendo - ¿o eliminando?- la psicología en el sociologismo marxista, previa una interpretación transitoria en que la fundaba como una disciplina concreta, limitada y coincidente con el drama: "lo que hace que la psicología no pueda constituirse en ciencia positiva -explica- nace de que no puede satisfacer, sino parcialmente, sus condiciones de existencia al permanecer encerrada en la antítesis de la objetividad y la subjetividad".

Además de esa incertidumbre de índole científica se han agregado recientemente factores ideológicos que obscurecen el panorama. El diálogo sobre el conocimiento se torna difícil y, algunos *Estados* toman bajo su protección una doctrina que proclaman única y cierta. Todo intento de salvar la contradicción por ensayos de síntesis entre posiciones diferenciadas se hace imposible y la exclusión y el desprecio se impone para las tesis no coincidentes con la oficial. Un reciente estudio que intenta asociar los resultados de la actividad nerviosa superior (reflexología de Pavlov) con las vivencias subjetivas del psicoanálisis, la experimentación amplia y la introspección, recibe de comentaristas, que reproducen en todo el mundo dicho pensamiento gubernamental, formulado en 1950 al expresar que la doctrina pavloviana del "papel de la corteza cerebral como síntesis de la unidad del organismo y su ambiente, forma el contenido de toda la actividad científica" - el calificativo de obscura metafísica reaccionaria y de enfoque trasnochado. (*Juicio de J. E. Kusnir al libro de Gavrilov El psicoanálisis a la luz de la [p. 247] reflexología*). Sin duda, tales epítetos injustos no promueven la superación de la crisis.

¿Qué desorden es éste ? En el curso de su tradición reciente -siglo XIX- ya que la psicología puede enorgullecerse de venir desde los tiempos antiguos, hay obstáculos que la amenazan sin destruirla. La conciencia problemática que toman los psicólogos de su propia tarea ya implica una crisis porque todo desarrollo se cumple a través de pasajes de su inseguridad. Lo que permanece en los cambios es el programa – a veces oculto o subterráneo; otras, definido y preciso- de obtener un conocimiento del hombre. Como éste es un ser de esencialidad histórica, la crisis es uno de sus constitutivos; variando su dimensión objetiva y subjetivamente. La psicología tiene frente a sí la perturbación en su propia estructura y a la vez refleja la crisis de su objeto humano, aunque cabe reconocer que la consideración de la misma se hace motivo de hiperconciencia filosófica. Es oportuno coincidir aquí con Landsberg cuando afirma, que la ya mencionada popularización del saber y la difusión de la ciencia "no son mera. comunicación del conocimiento, sino conversión de aquellos en caminos de salvación."

Ahora bien, se encuentran crisis de senectud por restricción y agotamiento. Otras, tienen los rasgos contrarios del crecer desproporcionado. El horizonte que se expande desmesuradamente provoca perpeljidad y desorientación. Sin duda, este es el caso de la psicología. Como dato ilustrativo, repitamos con Harriman que entre 1895-1945 se han publicado en el mundo 200.000 obras o artículos sobre la materia, entre los que falta orden y unidad -sin duda-, pero revelan que la crisis es de engrosamiento y no de asfixia, aunque siempre permanece latente el peligro de caer ahogados bajo la mole dispersa de hechos

inorgánicamente trazados. La psicología ha llevado sus fronteras a regiones ayer extrañas y se ha confundido con varias. Sus capítulos modestos de antaño son especializaciones abstrusas hogañ. El vasto conocimiento de fenómenos no posee principios ordenadores, estructuras teóricas y leyes sistemáticas congruentes. Algunos estudiosos de otras ciencias, pero cuyo consejo se ha insinuado también para la psicología, han llegado a postular como remedio heroico una pausa en la investigación y el progreso cognoscitivo, para ocuparse de revisar las teorías existentes y estructurar el impresionante caudal de datos en síntesis armónicas,

buscando la unidad en la variedad. Sin coincidir con tal radical recurso, el propósito acusa la situación real de la materia y su exigencia de solucionar las disparidades teórico-prácticas exigentes.

Lewin (1936) después de coincidir con los gestaltistas -su escuela-, en designar a la psicología como ciencia joven, anota que de todos sus campos sólo hay uno bien establecido, en el que se ha [p. 248] avanzado con propiedad y al que se le ha reconocido el carácter científico: el de la sensación y el percepción. Agrega después: “la situación es diferente en la psicología de la voluntad, de los impulsos y de la personalidad, pese a que estos asuntos han atraído el interés popular”, lo que serviría de incentivo. Expresa que como la investigación experimental de estos problemas se sopecha complicada o imposible, en Europa son tratados por una alianza de literatura y filosofía, y en EE.UU. por el estudio de las diferencias individuales por medio de los tests. Desde otro punto de vista, -prosigue- “un gran número de ramas de la psicología han alcanzado un nivel que hace urgente su unificación.” De muchas fuentes (psicología infantil, psicología animal, psicopatología, psicología social, etc.) tenemos montañas de datos y de críticas sobre ellos y su recolección: “ha aumenado la desconfianza por los métodos puramente estadísticos, y, el indiscriminado uso de los *tests* es criticado de una manera que habría resultado imposible hace un tiempo.” Los investigadores sienten que esta suma de hechos precisos conducen a una caótica e improductiva situación, porque si bien ellos son indispensables en ciertas etapas deben ahora ordenarse en teorías de raíz empírica y no especulativa. La psicología –continúa diciendo K. Lewin- “necesita conceptos que puedan ser aplicados a todos los campos psicológicos y no meramente a un solo sector”. Define la situación actual como de “colecciones ciegas de diversos ámbitos no relacionados de la psicología”. Para salvar la crisis, propone eludir cualquier derivación, reflejo, instinto, etc. Y en cambio, construir un sistema teórico, rico y flexible que reconozca las enormes diferencias entre los diversos sucesos y organismos para la “representación de las leyes generales y de las características del caso individual”.

Rimoldi –al hacer su balance de la psicología de este medio siglo que se incrementa a razón de cerca de 7.000 publicaciones por año- expresa que esos datos reclaman experimentos cruciales para que lo aparentemente distinto se unifique en hipótesis más comprensivas que deben llevarse a la verificación experimental. Concluye diciendo: “en muchos aspectos de la psicología se ha llegado a un nivel tal, que para que su progreso pueda continuar sin interrupciones es necesario, más que repetir experimentos en condiciones ligeramente diferentes, atacar el problema partiendo de hipótesis generales. En algunos casos se impone el redescubrimiento de algunos conceptos, empleando metodologías completamente distintas.”

Así pues, la paradójica pujanza y desorden de la psicología encuentra uno de los pilares de su crisis en el afianzamiento de la observación y la experiencia, que cada día aporta informaciones nuevas que se yuxtaponen enciclopédicamente sin enhebrarse en [pp. 249] principios lógicos generales y explicativos. En segundo lugar –pero no menos importante por lo que significa de diferenciación y abismo (y recordemos que *crisis* equivale a separación)- la oposición radical entre algunas doctrinas dogmáticas y entre sí agresivas, fundadas habitualmente en una negación metafísica -que implica una metafísica larvada e indigente que limita o transforma las conclusiones del estudioso-, promueven el riesgo de establecer, no legítimos y diferentes puntos de vista conciliables por lo que tienen de verdades parciales en síntesis futuras; sino líneas autónomas que usan iguales términos sin entenderse y terminan produciendo el desborde anárquico de *las* psicologías.

No es menor problema la dispar interpretación, definición y teorización de ciertos hechos psíquicos primordiales. Tal estado de cosas tiene su origen en las diferenciaciones e insuficiencias mencionadas anteriormente, pero aumentado por la vaguedad lexicográfica que parece ser tacha ingrata de las ciencias humanas. En su ensayo sobre Spearman, García de Onrubia al centrar el problema de la crisis psicológica en la teoría de la inteligencia escribe: “desde los varios contenidos asignados al término, hasta la afirmación de que el estudio de la inteligencia no ha sido aún emprendido con criterio propiamente psicológico, la confusión sino el caos quedan como saldo a quien vaya en busca de respuesta”. Imprecisiones mayores se encuentran cuando se llevan el análisis sobre aspectos afectivos o se aborda el tema del instinto, actualmente en franca revisión.

Las determinaciones sucesivas de la psicología (psicofísica, fisiología, experimental, etc.), no expresan únicamente un sector de trabajo sino que definen el objeto, método y concepto profundo de la materia. Bajo esas designaciones aparentemente anti-especulativas laten filosofías de antiguo o nuevo cuño. En los congresos mostrábase estas denominaciones: el de París (1889) se llamaba de *psicología fisiológica*; el de Londres (1892) era el certamen internacional de *psicología experimental*. En 1896, Stumpf logró que se borrarán todos los calificativos para que las asambleas no fijaran la orientación exclusivista de sus trabajos y, se debatieran los temas según su índole y no su referencia a tal o cual escuela.

En el transcurrir de las hipótesis reaparecen, junto a expresiones nuevas, antiguas ideas que fueron desacreditadas en el rápido rechazo que las psicologías del siglo XIX hicieron de toda la tradición filosófica que hasta entonces había cobijado a la *ciencia del alma*. Así, la teoría de las facultades, tan fecunda en el pensamiento antiguo y que no significaba una pluralidad, sino reconocimiento de diferentes capacidades y funciones jerárquicas manteniendo la unidad persistente de la vida psicológica, pese a las tensiones contradictorias que puedan presentarse. Con el tiempo, la [p. 250] unidad por las facultades recibió un sentido indefinido, misterioso, inabarcable por la observación y fué vocablo refugio -como *horror al vacío* y otros términos mágicos- de todo aquello inexplicado. Las distintas exposiciones que intentaron suplantarse al derrocamiento facultativo resultaron incompletas y plantearon problemas más complejos que su predecesora.

Esta idea, aunque de índole filosófica y poco acento empírico, mantenía la cohesión entre los hechos. Su negación desde el escepticismo inglés hasta Mach, ofreció un creciente

caudal de fenómenos finamente observados y ningún pensamiento conductor de síntesis. De aquí que, -en procura de esa congruencia perdida y añorada- la teoría de las facultades vestida de ropajes y léxico nuevo retorna para salvar la anarquía de lo psíquico y, superar toda definición de estricta esencia conductista que sólo para mientes en las manifestaciones y no penetra al mundo de otras realidades menos visibles. Un intento de esta vía es el aporte de Spearman con su teoría de los factores de la inteligencia y el método de las correlaciones. Y Van Der Veldt comenta (1947): “si es verdad que la teoría factorial es una versión moderna de la vieja teoría tradicional de las facultades, es del más alto interés observar cómo esta antigua concepción es confirmada por la técnica del análisis matemático”. Estos ensayos -cuya valoración no es oportuno realizar ahora- son síntomas de la inquietud por la síntesis, del afán de principios generales estructuradores, de reconquista de la armonía perdida. Este espíritu lo reencontraremos en otro punto crucial al que atienden los psicólogos contemporáneos: el concepto del hombre en sus dimensiones propiamente humanas concretas, efectivas y originales.

La psicología comprendió, inicialmente, el estudio de lo que poseía vida en cuanto análisis de las manifestaciones de su existencia y la forma que las hacía posibles. En la antigüedad y medioevo se confunden lo psicológico y biológico que distinguimos contemporáneamente. Esta significación, tratada en el orden filosófico, ha ido retrocediendo frente al interés por un conocimiento empírico del alma prescindiendo de toda referencia metafísica. El proceso de independencia de la psicología consistió en desgajarla de ese centro especulativo, acreditarla como ciencia natural y deslindar rigurosamente los hechos psíquicos en sus modos y mutuas relaciones, dejándolos ontológicamente irreductibles a otros objetos y claramente separados de los reales, ideales y metafísicos. Pero, las condiciones del hombre -aunque se aclaren los rasgos del psiquismo- hacen que la psicología reciba siempre tanto los aportes de la metafísica, como los de una teoría del espíritu y se vincule a las ciencias de lo físico y lo orgánico. Esta última conexión puede mantenerse como tal reconociendo los límites de ambas y sus relaciones, o bien, derivar la una de la otra; lo que caracterizaría a la [p. 251] psicofisiología o psicofísica donde no cabe ninguna autonomía de los objetos psíquicos. El eludir tanto la sumersión de lo psicológico por lo metafísico -distinto a la legítima filosofía de lo psíquico y a la psicología racional-; como la absorción por las disciplinas biológicas, es cuestión capital y renovada constantemente en la teoría psicológica y en la experiencia ya que -de manera explícita o intencional- mantiene un concepto propio o indistinto de lo psíquico. Las diferenciaciones metodológicas y técnicas que alcanzan a la interpretación general de lo psíquico -pese a circunstanciales semejanzas-nacen también de ese punto originario. En cuanto a la actitud experimental -rasgo antimetafísico en su comienzo- no es hoy recurso de oposición, sino, necesidad de trabajo que comparten todas las direcciones que integran el complicado mosaico de la psicología contemporánea.

El concepto del hombre total como unidad substancial de dos principios (material y espiritual) distintos, reales e inseparables, vivificó el trabajo psicológico y fundamentó su base teórica durante muchos siglos. Aunque puedan remontarse sus antecedentes, la quiebra de esa estructura se manifiesta en el dualismo cartesiano que, para recomponer el equilibrio

destruido y dar razón de las relaciones entre sus dos substancias, necesita construir complejas explicaciones, como la de los *espíritus animales*. Hay vidas paralelas y de radical diferencia en un mismo ser existente: lo orgánico y lo psíquico, limitado éste a la conciencia. El método de conocimiento exclusivo es la introspección. En verdad, el idealismo subyacente en Descartes debía entregarnos una psicología que no puede extenderse más allá del único individuo que piensa. Un forzamiento de su principio ha permitido realizar labor psicológica que en puridad lógica quedaría trabada por el solipsismo inicial. Por otra parte, -aunque el filósofo francés lo intente en algunos ensayos- sus ideas psicológicas se mueven en el campo de lo *claro y distinto*. De aquí, que toda la psicología tributaria directa o indirectamente de este pensamiento, no estudia el mundo de la voluntad, de los sentimientos, etc., difíciles de ajustar a un esquema racionalista.

Descartes mantiene el concepto de facultad como forma innata. El asociacionismo empírico eliminará esa connotación por no responder a los hechos que observan y explicará todo el mundo psíquico por combinación de sensaciones. El pensamiento del siglo XVIII, enriquecido por los descubrimientos en el sistema nervioso, se apoya en esa división cartesiana y comienza a resumir todo lo llamado *psíquico* en la instancia de lo observable que pertenece a lo orgánico. La psicología mantiene un nombre, pero carece de un objeto propio distinto de los fenómenos apreciados por la fisiología. La vida psíquica es parte de la orgánica como apariencia de esa única realidad. Por lo tanto, es lujo o acto superfluo distinguir una [p. 252] psicología que no es más que fisiología. Este monismo, epifenomenismo, materialismo, mecanicismo y sus variantes de escuela, nacen dialécticamente de su opositivo idealismo. Ya Kant había escrito que Descartes no nos introduce en la intimidad de la substancia pensante, sino que ligando la vida interior al tiempo y a la causalidad, abre la ruta a la psicología empírica desde la investigación del yo sobre sí mismo. El dualismo subsistirá en los fecundos trabajos del paralelismo psicofisiológico de Wundt, que se distingue de otra psicología basada en la auto-observación.

Se ordena una *psicología sin alma*. Hay que reconocer en esta descripción dos alcances diferentes. En una se niega la existencia de *algo más* que lo corporal observable. Todo lo que se denomina psicología es pura fisiología o psicofísica. Su forma contemporánea extrema fué el conductismo mecanicista de Watson o la más compleja neuropsicología soviética (reflexología). En otro sentido, significa solamente el abandono de los problemas -científicamente insolubles- acerca de la naturaleza, esencia y destino del alma como principio irreductible a la materia, tal como se expresan en la psicología racional. Su programa -no cumplido a la letra y negado muchas veces- se aprecia rotundo en esta declaración de Ribot, él mismo incumplidor de su plan por su epifenomenismo: “la psicología experimental (científica) se propone el estudio exclusivo de los fenómenos psíquicos según el método de las ciencias naturales e independientemente de toda hipótesis metafísica. Su objeto preciso es la descripción, clasificación y búsqueda de las leyes y condiciones de existencia de los hechos psíquicos prohibiéndose rigurosamente toda especulación sobre su naturaleza última. Ella no es ni espiritualista ni materialista y no puede asumir ninguno de estos epítetos sin riesgo de perder todo derecho al nombre de ciencia”. Con este autor ingresa también a la psicología la reacción anti-intelectualista con sus estudios de la vida afectiva, reintegrándose así, una

concepción más completa de la existencia humana. Por otra parte, reconoce -como sus continuadores- el papel esencial de la introspección.

A este planteo de recuperación -plausible en su tiempo pese a sus limitaciones-, escuelas posteriores lo mutilarán siguiendo el exclusivismo de una línea que desembocará en el objetivismo puro. La psicología de Wundt utilizaba métodos psicofisiológicos para penetrar los caracteres de la intimidad; muchos de sus seguidores recabarán únicamente el dato comprobable externo. El fin de la psicología será registrar la conducta del hombre como un mero conjunto de reacciones accesibles a un observador exterior. La *psicología sin alma* es ahora sin conciencia, sin subjetivismo, sin motivación. El hombre es un ente que se investiga con técnicas y espíritu idénticos al de la psicología animal. A esta nueva pérdida del ser [p. 253] total como interés psicológico se sigue la reacción recuperadora en Myers (“la introspección es una ley de la psicología”), en Munsterberg (“el objeto propio de esta ciencia son los fenómenos de conciencia”), en James, Bergson, Delacroix, Külpe, etc. Todas estas variadas escuelas establecieron un nuevo equilibrio con dos vías complementarias de acceso psicológico al hombre.

En ellas alienta -por sobre sus diferencias- una interpretación integral del individuo que alcanzará una nueva dimensión realista con el descubrimiento del inconsciente y la explicación congruente -aunque no siempre satisfactoria- del dinamismo, origen y motivación de la conducta psíquica. En este aspecto, Freud y sus alumnos fieles y heterodoxos son cúspides de un largo proceso que deriva hoy en la configuración psicosomática.

En su recorrido de tres centurias, la psicología se ha movido entre oposiciones sobre la naturaleza del hombre (dualidad radical, subjetivismo esencial, objetivismo absoluto, conciencia distinta, inconsciente) renovando métodos acordes a esas concepciones. La obtención de una síntesis que superara esa anarquía recogiendo verdades y distinguiendo falencias, es una necesidad psicológica. Y, si bien la misma no se ha logrado todavía en todos los problemas (teoría general de lo psíquico, establecimiento de leyes generales de vasta aplicabilidad, etc.) algunos puntos referidos a lo que el hombre es como interés psicológico, se alcanzaron recientemente con espíritu similar a la concepción tradicional. Quizá, el ensayo más congruente en sus anhelos sintéticos sea la psicología de la *gestalt* y obras de psicólogos experimentales neoescolásticos (Brennan, Moore, etc.) en que se critica, retiene y asimila lo posible de recoger en diversos puntos de vista. La psicología de la forma, por su parte, se presenta como una doctrina general que formula principios de la vida psíquica íntegra del hombre no advertidos en otras direcciones. Aunque sus ensayos se iniciaron con el examen de la percepción, ha explorado los campos de fuerza de la afectividad, y afirman la causalidad y una suerte de finalismo, todavía no desgajado de cierto aire materialista. Aunque igualmente certera en todos sus puntos, esta psicología se manifiesta como el más congruente ordenamiento de la teoría y los hechos entre las concepciones contemporáneas. Se opone al asociacionismo y al dualismo cartesiano y reintegra la unidad del hombre; hace uso de un moderado concepto del comportamiento que deja lugar al espíritu y a la conciencia y hasta -según algunos intérpretes- se acerca a la concepción metafísica de la forma substancial, lo que parece extraño a sus principales expositores (Koffka y Köhler), aunque, debemos reconocer que a menudo franquean el campo de la experiencia para aventurar hipótesis filosóficas.

[p. 254] Con sus naturales deficiencias, la psicología contemporánea en sus figuras más representativas, es la ciencia del hombre total en su comportamiento, en su estructura psicofísica y en su proceso y situación histórica. He aquí un punto de partida sólido para una antropología, abierta a la meditación filosófica y a la psicología científica, que reconoce el compuesto psicosomático humano como su objeto y a todo el psiquismo como campo de análisis y de observación concreta y global objetiva-subjetiva. Sobre estos principios seguros, tal psicología puede continuarse en una racional, manteniendo el deslinde entre ambos campos y animada por muchos remozados juicios tradicionales reconocibles en su parentesco con el pensamiento antiguo y medieval. Estas convergencias en un motivo nos permite tener confianza en lo que Lagache llama la “unidad de la psicología” y que -con menos entusiasta optimismo- puede reconocerse como una vía de solución a los rasgos de la crisis.

**Fuente:** Horas, P. (1955). El hombre total como motivo de la psicología contemporánea. En, *Actas del Primer Congreso Argentino de Psicología* (vol. 1, pp. 245-254). San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

© **Fuente de la versión digital:** Equipo docente de Historia de la Psicología. Universidad Nacional de San Luis, 2002.